

El Capitalismo como religión

Néstor Míguez

Quiero agradecer a mis colegas, amigos y hermanos Jung Mo Sung y Lauri Wirth la invitación a inaugurar este seminario. Es una oportunidad significativa, ya que este año se cumple el centenario del esbozo de un escrito de Walter Benjamin que llevara este título, y que nunca llegó a completar¹. El texto, que los estudiosos del legado del filósofo judío alemán ubican en ese año, pero que recién fuera publicado en sus escritos coleccionados en 1985, es apenas un par de páginas de notas, incompletas y de difícil lectura, pero que dan pistas ciertas de la manera en que este original pensador veía la relación y el modo en que el capitalismo excede su dimensión económica para convertirse en un verdadero fenómeno religioso de Occidente por derecho propio.

Justamente, las primeras palabras del texto están dirigidas a mostrar su disenso con Max Weber y su *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En ese sentido afirma que el capitalismo “no es solo una formación condicionada por la religión, como lo piensa Weber, sino un fenómeno esencialmente religioso”. Si bien no se propone en ese esbozo demostrar esa afirmación, es una hipótesis de trabajo productiva sobre la que él y muchos otros después podrán analizar algunas de las características salientes del capitalismo, hoy impuesto a nivel global. Si esto era cierto en la anticipada y profética lectura que hizo Benjamin, lo es aún más hoy, como veremos, en la realidad del capitalismo financiero tardío que estamos transitando, con su cultura del consumo, el individualismo, la virtualidad y el relativismo posmoderno.

Benjamin define tres rasgos que le permiten sostener su afirmación sobre el capitalismo como una religión “sin ensueño y sin misericordia”. Señala que es una religión puramente cultural, donde todo tiene una significación inmediata. No hay mediaciones ni mediadores, ninguna teología. Si bien esto es discutible, y algo diré más adelante, lo cierto es que el capitalismo impone su *ethos* cultural utilitario como única dimensión humana con sentido trascendente. En una frase al final de su escrito Benjamin comparará este utilitarismo con el sentido de las religiones paganas de la antigüedad y el espíritu burgués actual.

El segundo rasgo que destaca es que es un culto permanente, sin descanso, sin calendario. Siempre, en todo momento, sin pausas ni “días feriados de pompa sacra – Benjamin afirma– reclama la tensión extrema del adorador”. El consumo es siempre

¹ El texto está disponible en varios sitios de internet, en traducción a diversos idiomas. Yo usaré, en esta exposición, la versión de Omar Rosas, accesible en https://ficciondelarazon.files.wordpress.com/2015/04/el_capitalismo_como_religion.pdf

posible, siempre deseable, siempre presionando sobre el “creyente”, o sea, sobre la población sometida a su égida. Hoy la posibilidad de transacciones y compras “on line” las 24 horas del día los 365 días del año no hacen sino ratificar plenamente esta afirmación.

El tercer elemento que señala es que es un culto “culpabilizante”. Lejos de proponer caminos de expiación y redención, el consumidor está siempre “en deuda”. Esto, que en su momento podría parecer una figura del lenguaje, una metáfora, es cada vez más cierto a partir de la omnipresencia de las tarjetas de crédito, el dinero plástico, que señala el antropólogo A. Appadurai, de la India, y que trataremos con más extensión en los próximos párrafos. Es que es la propia deidad de esta religión la que propone la culpa y no la expiación. No hay en el capitalismo elemento redentor alguno, concluye Benjamin. “Lo inaudito del capitalismo –nos dirá– es que no propone la reforma del ser sino su destrucción”.

En esta lectura del capitalismo como religión culpabilizante Benjamin no dispensa ni a Nietzsche ni a Freud. Del primero señala que el “superhombre” nietzscheano es el primero en cumplir con la religión capitalista. No hay un salto hacia lo trascendente, no hay conversión ni contrición, solo una autoafirmación, del que “ha crecido atravesando el cielo”. El cielo explota por el acrecentamiento de lo humano (curiosa contraposición con Babel). Dicho en nuestras palabras, para simplificar, no hay nada fuera del sistema capitalista, no hay un más allá redentor, ninguna misericordia póstuma, ningún lugar o ensueño, ninguna utopía hacia la que caminar. El superhombre, así como el sistema capitalista, curiosamente coincide Nietzsche con Fukuyama, es el fin de la historia. Todo es nuestra propia culpa, de la cual no hay escapatoria. Nótese cómo esto se incorpora en el discurso neoliberal hacia los pobres, especialmente en el mensaje a los desocupados: “el sistema te da la oportunidad. Si no la tomas, es tu propia culpa. Si eres pobre y marginal, no puedes descargar esa condición en nada más que en tu propia incapacidad”.

Y textualmente el texto benjaminiano se refiere a Freud: “lo reprimido, la representación culpable, es el capital que produce los intereses del infierno del inconsciente”. Así, esta religión oculta a su Dios culpabilizante en lo inconsciente. Es un Dios inmaduro, cuya madurez se lesiona en cada representación. Si interpreto bien la comparación, en tanto simbólica religiosa, el capital que rige las vidas no debe ser descubierto, sus mecanismos y formas de control, su infierno, debe seguir siendo implantado en el inconsciente del sistema perverso. Hay un mandato ineludible: el inconsciente y el superyó coinciden en la exigencia de la satisfacción inmediata de la

pulsión, del deseo. “Just do it” (solamente hazlo) señala la publicidad de una ropa deportiva. El mandato es “sigue la pulsión”, la anulación del consciente crítico, pues el superyo social exige sin censura el cumplimiento del inconsciente.

Marx también entra en la lectura de Benjamin. En la relación del interés simple con el interés compuesto, diría el marxista ortodoxo, es que el capitalismo devendrá socialismo. Es evidente que nuestro filósofo descrea de este automatismo. Hoy la existencia de las derivadas financieras solucionaron este problema. El interés sobre el interés se acumula en chips de computadora como reserva, que regula el funcionamiento financiero del capitalismo tardío. Es claro que aquí se está jugando con la “ambigüedad demoníaca” del término culpa/deuda². Pero también será esta ambigüedad y coincidencia lingüística de deuda/culpa/falta lo que le motivará a ver la dimensión religiosa del capitalismo.

Valga la pena señalar que en ese tiempo Benjamin estaba impactado por su relación con Ernst Bloch, el referente del llamado marxismo utópico, que es quien verdaderamente, según confesión del propio Benjamin, lo introduce en el sentido político de la filosofía. Este Bloch, con su principio esperanza será, más adelante, el inspirador de la teología de Jurgen Moltmann, y tendrá significativa influencia en la teología de la liberación en latinoamericana.

La lectura que hace Benjamin, al menos en este escrito provisorio, es que “el capitalismo se desarrolló en Occidente como un parásito en el cristianismo –lo cual debe demostrarse no solo en el calvinismo sino también en otras corrientes ortodoxas del cristianismo– de tal manera que, al final, la historia del cristianismo es esencialmente la historia de su parásito, el capitalismo”³. El escrito de Benjamin prosigue con lo que sería el índice de un tratado más extenso, que nunca pudo completar, quizás por su agitada vida y prematura muerte, acorralado por el nazismo. Es un texto cuya lectura se debe profundizar más allá de lo que me permite esta breve exposición, y que seguramente harán otros ponentes.

² Se refiere al alemán *Schuld*, que puede traducirse tanto como deuda como culpa. Ambigüedad que se introduce incluso en las actuales versiones del “Padrenuestro”, ya que el griego original del texto también tiene la misma ambigüedad, con la coincidencia de significados de culpa, deuda y falta.

³ Una indagación en este sentido puede encontrarse en Richard H. Tawney: *Religion and the rise of capitalism*. Original de 1926. En español: *La religión en el origen del capitalismo: estudio histórico*. Buenos Aires: Dédalo, 1959.

Financierismo y posmodernidad, la nueva etapa de la religión capitalista

“El capitalismo, en su fase neoliberal actual, todavía mantiene un Espíritu, y el texto de Benjamin parece no perder su propia actualidad aun cuando ni se imaginara el modo de devenir del Capitalismo”.⁴

En este parte apoyo mis reflexiones sobre un estudio del ya mencionado estudioso Adjun Appadurai, especialmente su libro *Hacer negocios con palabras. El fracaso del lenguaje para entender el capitalismo financiero*⁵. Este antropólogo estudia el impacto cultural del desarrollo de los modelos de negocios financieros actuales, especialmente a partir de las llamadas “derivadas” y ve en ello elementos decisivos de lo que caracterizará como religión. El capítulo cuarto del libro justamente se titula “El mercado sagrado”, y en él, siguiendo los estudios de E. Durkheim, que postula lo sagrado como la representación de lo social elevado al nivel de divinidad, ve en el mercado esa misma condición en la actualidad. Así señala: “Es decir, nuestro mundo sagrado no es, en su mayor parte, otra cosa que la realidad de nuestros seres sociales exteriorizados en la abstracción del mercado”⁶.

Avanza aún más al señalar que “una definición sencilla de *religión* podría indicar que se trata de un conjunto de significados y prácticas mediante lo cual volvemos visible y manejable para los intereses humanos el mundo invisible”⁷. Cada cultura establece qué es lo invisible, cuales son las fuerzas que se abstraen y cómo representar visiblemente lo invisible. Siguiendo esa concepción de lo religioso, Appadurai ve en “los precios” (especialmente de acciones y otros bienes financieros) esa característica. Los precios son una abstracción misteriosa elaborada por el mercado financiero, una manera de abstraer lo visible en lo invisible, señala, y luego de volver a hacerlo visible. De alguna manera repite algo que ya señalara Marx en el primer capítulo de *El Capital*. Es justamente de este procedimiento de abstracción que sustituye la mercancía y su costo de producción por el valor de mercado, por el dinero, y luego el propio dinero en su carácter de “fetiche”. Pero esa abstracción que es el precio, el conjunto del sistema de precios, es regulado por los mercados financieros, especialmente hoy a través de la bolsa de valores, que luego influirá en todos los precios. A tal punto que el mercado financiero es tomado en la metonimia que

⁴ Cita de: Enrique Foffani y Juan Antonio Ennis: Traducción, notas y comentario del texto de Benjamin. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) UNLP-CONICET. Accesible en <http://geopolitica.iiec.unam.mx/sites/default/files/2018-10/Benjamin-Walter-El-capitalismo-como-religio%CC%81n.pdf>

⁵ Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2017.

⁶ Ibid, p. 83.

⁷ Ibid, p. 85.

sustituye todos los mercados, en la expresión “el mercado” como referencia suficiente al mercado financiero. Es decir, la abstracción invisible termina por regular la vida cotidiana. Es más, en realidad los activos financieros son una abstracción que ya ni siquiera representan lo visible, sino que solo existen en la virtualidad.

Así lo sostienen los estudios de Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*.

“[...] los intercambios económicos del mundo, 5% de los intercambios del mundo, son de la economía material, la que produce ya sea trigo, automóviles, petróleo, y 95% son intercambios puramente inmateriales y financieros, valores, divisas, y esto circula gracias a la transformación de la comunicación. De ahí que en realidad haya cada vez menos distinción entre el universo de la economía y el universo de la comunicación”.⁸

Es decir que, parafraseando al mismo autor, el 95% de la actividad económica actual es de tipo financiero. La producción, transporte y venta de cosas concretas sólo ocupa el 5% de la economía mundial, mientras que el resto se refiere sencillamente a la compra y venta de valores o de monedas. La economía financiera prevalece ampliamente sobre la economía real. El movimiento perpetuo de las monedas y de las tasas de interés aparece como un gran factor de inestabilidad, tanto más peligroso cuanto se halla cada vez más autónomo del control de los estados nacionales y las regulaciones comerciales. Por si la cosa no parecía suficientemente alejada de lo real, ahora aparecen las monedas virtuales, que ya no tienen respaldo estatal alguno.

Ese capital financiero se compone de seguros, acciones, bonos, hipotecas, planes de financiación, deudas soberanas que se sabe son incobrables, etc. Es una ficción que controla la realidad, es decir, lo mismo que se entiende en la visión crítica de la función de las divinidades en la religión. ¿Quién puede decir qué será de la economía mundial dentro de cien años, o siquiera si existirá el mundo y la humanidad en ese lapso? Sin embargo los préstamos a cien años se negocian en bonos como valores actuales, como si existieran. Se piensan eternos, inextinguibles, inmutables, es decir, todos los atributos divinos. Como lo dice el eslogan de Netsuite: “One system, no limits” Un único sistema, ningún límite.

Volviendo a Appadurai, este destaca el lugar mediador de la tarjeta de crédito en ese mercado. Es el mecanismo que hace que el usuario esté siempre en deuda, en falta (culpable) frente al sistema. Poco hace falta para ver como la incitación a

⁸ “Los cambios en la información y la comunicación”, Boletín ICCI-ARY Rimay, Año 4, No. 40, julio del 2002.

endeudarse es una constante en toda publicidad, sea o no bancaria, y para todas las clases sociales, según sea su potencial económico. Aunque yo solo tengo una cuenta de ahorro en la que cobro mi jubilación, permanentemente el banco me señala que tengo adjudicado un crédito, es decir, me invita permanentemente a endeudarme, aunque conoce mi fragilidad económica. Si nuestros abuelos nos decían que “el ahorro es la base de la fortuna”, ahora nos dicen que la fortuna se hace endeudándose. Yo no es “ahorra para comprar”, sino “compra y paga después”. Es la tarea permanente de la publicidad que lleva a confundir necesidad con deseo⁹. El sistema, para funcionar y crecer, necesita ese permanente juego de endeudamientos, de culpabilización, en el análisis de Benjamin.

Todos debemos estar en deuda, estar en falta frente al Dios mercado, pues ese es el mecanismo de control social de este sistema religioso. Se podría decir que así como los esclavos eran sometidos por las cadenas, y el obrero del capitalismo industrial explotado por el salario, el consumidor del nuevo mercado global es atado por el plástico de la tarjeta, por la cadena de una deuda eterna. Cuando en su momento Lula, y luego Néstor Kirchner, pagaron la deuda al Fondo Monetario Internacional para librarse de su tutela, quebraron la lógica del sistema. Es que esa deuda siempre impulsada por los intereses, es el aporte del capitalismo bancario por sobre la economía medieval, lo que le afirmará su dimensión como religión. Justamente el sistema bancario moderno puede crecer cuando la teología comienza a reconocer la licitud de intereses, que estaba vedada en la ley del Deuteronomio y en la ética comercial cristiana en tiempos de la patrística y aún de la escolástica¹⁰. Lo mismo ocurre con el Islam. La concepción de intereses fue definida como usura y prohibida por varios teólogos e incluso concilios cristianos, pero con el advenimiento de la burguesía fue ganado licitud. De esa manera se hace realidad lo que plantea Benjamin, que el cristianismo fue siendo devorado desde adentro por su parásito capitalista.

La dinámica del interés es lo que termina por someter al mundo productivo a la virtualidad financiera. Los crecientes intereses son imposibles de cubrir con la tasa normal de ganancia del sistema productivo. Esto atenta también contra los estados-

⁹ Ver Jung Mo Sung: *Deseo, mercado y religión*. Editorial SAL TERRAE, 1999.

¹⁰ “No exigirás de tu hermano interés de dinero, ni interés de comestibles, ni de cosa alguna de que se suele exigir interés. Del extraño podrás exigir interés, mas de tu hermano no lo exigirás, para que te bendiga YHWH tu Dios en toda obra de tus manos en la tierra adónde vas para tomar posesión de ella” (Deut. 23,19-20). La teología medieval comenzó a ceder en la interpretación de este pasaje, como también lo hizo Lutero, en base a consideraciones de neto corte financiero-comercial. En un principio el límite fue del 5%, para luego ir expandiéndose.

nación, ya que mientras los estados se deben sostener con los impuestos, siempre cuestionados desde el poder económico, el mercado se sostiene por la deuda de estos mismos estados, y especialmente por el interés, que en muchos casos suelen tener tasas mayores que la propia masa impositiva.

Esto lleva a Appadurai a afirmar que “el mercado de valores podría ser visto como una vasta serie de agrupamientos totémicos”¹¹. Esto es porque estamos frente al juego, propio de las religiones, de la representación de lo visible en imágenes divinizadas en su fuerza identificatoria, en su valor numinoso, en su desmaterialización.

El mismo proceso histórico de la moneda puede darnos una idea de esta desmaterialización. En su origen el valor de cambio de la moneda era contenido en la moneda misma, sea de metal, o con otros elementos valorados según las distintas culturas. Pero luego eso fue abstraído en el papel moneda, con un valor predeterminado. El siguiente paso es el cheque o el pagaré, que es papel moneda con valor fijado en el acto de negociación. El paso a la tarjeta de plástico es otro nivel de abstracción: su valor, enteramente cambiabile, ya no es fijo en el elemento mismo, sino que remite a un dato electrónico almacenado en otra parte. Y ahora el mismo plástico va dejando su lugar al código QR en el teléfono celular. Es decir, lo invisible va tomando el lugar de lo visible, lo que el humano puede apreciar directamente es mediado por un mecanismo cada vez más sofisticado. Ese proceso permite la acumulación infinita, que era imposible con el metal (el Imperio romano no pudo monetizar más su economía por falta de metal, especialmente oro¹²) pero es ahora el poder omnímodo que regula nuestras vidas.

La mítica de la religión capitalista

Si bien Benjamin decía que el capitalismo era una religión sin teología, con el tiempo fue creando su propia teología, su propia mítica, destinada a reemplazar la mítica cristiana, a cumplir la tarea del parásito que subsume a su huésped, como en una película de ciencia ficción. La lógica neoliberal cumple esa tarea. No voy a extenderme en esto pues Jung ha expuesto acabadamente este proceso en su libro *Idolatria do Dinheiro e Direitos Humanos. Uma crítica teológica do novo mito do*

¹¹ Op. cit., p. 87

¹² Cf. Rostovzeff: *Historia social y económica del Imperio romano*. Madrid: Espasa - Calpe, S.A, 1962

*capitalismo*¹³. Otro amigo, Joerg Rieger, también ha profundizado sobre el tema en su libro *La religión del mercado. Una aproximación crítica de la acumulación y la pobreza*¹⁴. No pretendo aquí resumir estos dos valiosos estudios, cuyos argumentos explicitan acabadamente los mecanismos de control cultural y explotación económica del actual capitalismo en su variante neoliberal-conservadora. Solo intento simplemente señalar que, en su recorrida para instalarse como religión dominante en el mundo de hoy, el capitalismo ha elaborado su propia teología, su reclamo de absoluto.

El argumento de ese absoluto parece copiar el modelo de las vías tomistas de la comprobación de la existencia de Dios. “Todo lo que conocemos aparece como regulado. Pero debe haber un regulador que a su vez no sea regulado por nada. Ese regulador no regulado es lo que llamamos Dios –que es el mercado”. Esa desregulación es postulada como la libertad humana. Es decir, así como el cristianismo dice que sólo se es libre cuando el ser humano se reconoce hijo o hija de Dios, así en esta nueva religión la libertad se alcanza sólo si se somete libremente a las leyes irremplazables e imperecederas del mercado, por supuesto, del mercado capitalista. El mundo libre (que es el del libre mercado) es el paraíso alcanzado. Solo el estatismo se opone, sometiendo al ser humano con leyes forzadas e impuestos ineficientes que solo logran restringir el desarrollo pleno de la economía. Aunque, en realidad, nadie es libre frente al libre mercado. O, mejor en inglés, “nothing is free in the free market”.

Por si hiciera falta también aparece el modelo ontológico a lo Anselmo: Dado que tenemos idea de lo perfecto, lo perfecto debe existir, y eso perfecto que se nos muestra en su necesaria existencia sin que dependa de otro existente es el mercado mismo. El mercado adquiere así una dimensión ontológica, un “ser-en-sí”. Como en Anselmo, la fe en el mercado existe antes de su prueba. La fe en la bondad del mercado es la condición de su prueba. Las virtudes que Agustín de Hipona pone en el “Ser Supremo” se trasladan a la supremacía del mercado.

¹³ En español: *Neoliberalismo y derechos humanos. Una crítica teológica y humanista al nuevo mito del capitalismo*. Buenos Aires: Ediciones La Aurora, 2019.

¹⁴ Buenos Aires: Ediciones La Aurora, 2016. Título original: *No Rising Tide. Theology, Economics and the Future*.

Para seguir con la línea anselmiana, como bien lo mostró F. Hinkelammert¹⁵, se diviniza también el proceso de la deuda sacrificial. Todo debe sacrificarse, hasta la propia sangre, para pagar la deuda, pues el honor de la divinidad está por encima de la vida misma. La deuda debe “honrarse” pues hace a la perfección funcional del mercado, al honor de la deidad.

Pero una religión no solo se plantea en términos dogmáticos. También requiere una estética, en el sentido amplio de la palabra. El impacto visual y emocional de su supremacía. Como la construcción de las grandes catedrales hizo a la estética de la cristiandad, hoy puede verse como las grandes construcciones urbanas pone como modelos de la arquitectura posmoderna a los edificios de los bancos y las grandes corporaciones. Su impacto en las grandes superficies vidriadas, espejadas, que reflejan el entorno urbano, encierran el misterio de las transacciones financieras, que siguen siendo, en su impacto y lenguaje, incomprensibles para el ciudadano común, transformado en forzoso consumidor, despojado de cualquier poder de control sobre las mismas. Es más, en otro ejemplo de esta metonimia, este centro bancario suele denominarse simple y directamente “la city”, la ciudad. Toda la ciudad, en su multiplicidad, queda reducida a su expresión en el barrio bancario. La parte por el todo, porque esta es la parte que sustituye a un todo inconmensurable con la misma. Es la definición de hegemonía¹⁶.

Se podría decir que la divinización del mercado se esgrime como un proceso de deshumanización del ser humano y un endiosamiento de su obra. Eso se llama, en la tradición bíblica, idolatría, a lo que me referiré para terminar.

Y qué de la teología

“El mundo del saber se ha trastocado. Los economistas nos piden fe y los teólogos miramos los números y la gestión”. Así encabezó el prólogo a la edición en español del citado libro de Joerg Rieger. Cada vez que escucho a un economista neoliberal, especialmente cuando es ministro de alguna nación en vías de subdesarrollo, es la misma canción: –“Aunque estamos mal, aunque no logramos que

¹⁵ “La deuda según Anselmo de Canterbury y su interpretación en el capitalismo moderno”. En M. Hoffmann, D.C. Beros, Mooney, R. (eds.), *Radicalizando la Reforma: Otra teología para otro mundo*. Buenos Aires: La Aurora, 2016 (pp. 101-126).

¹⁶ “Su condición inherente [de la relación hegemónica] es que una fuerza social *particular* asuma la representación de una *totalidad* que es radicalmente inconmensurable con ella”. E. Laclau, C. Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. 2ª edición en español. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica, 2004. En el “Prefacio a la segunda edición en español”, p. 10.

disminuya la pobreza, aunque crezca la deuda, vamos por la senda correcta. Es el único camino. Tengamos fe y llegaremos a un mundo mejor, perfecto, el mundo de la libertad, un mundo sin estado ni represiones”. En fin, la nueva Jerusalén, la “city” neoyorkina, la Capital del Reino. Un lenguaje teológico.

Mientras tanto las recientes encíclicas papales y los documentos eclesiales, como “Juntos por la Vida” del Consejo Mundial de Iglesias, se empeñan en recorrer datos estadísticos, reflejar la realidad de un mundo empobrecido, desigual, lleno de explotación e injusticia, y marcado por esta herejía que coinciden en calificar como “idolatría del dinero”. La categoría teológica de idolatría ya no se aplica a otras deidades trascendentes, por respeto a las otras religiones y cosmovisiones partícipes del diálogo interreligioso. Pero reaparece en la caracterización del capitalismo financiero y el fundamentalismo de mercado –expresión que también suele ocurrir en estos documentos–, con lo cual se lo ve indirectamente como religión.

Desde la adoración del becerro de oro, en el libro del Éxodo, hasta la caída de la opulenta Babilonia en el Apocalipsis, el afán de dinero y su acumulación, su potencia destructiva cuando es elevado a la categoría de deidad, aparece marcada como idolatría: la torpeza del ser humano que termina por adorar y someterse a lo que ha creado, en cambio de hacer de su obra un servicio a los demás (Is 44,13-20). El ídolo destruye al ser humano que lo moldea, y al propio acto creador, a la creación misma. La pesadilla de los cuentos de ciencia ficción se hace realidad: el dinero es el robot autómatas que controla al ser humano que le dio vida.

Así, en palabras de Pablo, “cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Ro 1:25). El Evangelio de Lucas se organiza en torno de esta disyuntiva: Dios o Mamón¹⁷. En la secuela de la teología paulina el concepto es reiterado. La usura, la ambición (*pleonexía*) es llamada idolatría (Col 3:5), y en la 1ª carta a Timoteo se afirma que “muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero” (6, 9_b-10_a). Sería extenso enumerar aquí toda la teología bíblica que se ha desarrollado en torno de este tema, especialmente en nuestra teología latinoamericana. Baste mencionar, como ejemplo insigne, el texto de Hugo Assmann *La Idolatría del mercado*¹⁸.

¹⁷ Ver René Krüger: *Dios o el Mamón: análisis semiótico del proyecto económico y relacional del Evangelio de Lucas*. Buenos Aires: Editorial Lumen, 2009.

¹⁸ San José de Costa Rica: DEI, 1997.

Pero el contraste con la teología cristiana se acentúa en el concepto de gracia, el don divino de la gratuidad redentora. Es un defecto no menor ni ingenuo que el productivo concepto de gracia no se haya aplicado en toda su dimensión profética en los campos de la teología política y económica. Nada más antitético a la religión y la teología del mercado que la gratuidad: no hay mercado de lo gratuito. Pero en la idea de justicia que nos muestran los escritos bíblicos, especialmente de Pablo, la vida misma es fruto de la gratuidad divina. Cuando la ley marca el camino de la culpa y la muerte, la gratuidad restaura la centralidad de la vida (Rom 3,19-26) la redención que no tiene lugar en la religión capitalista. Por eso la libertad es el servicio del prójimo, como bien lo señala Pablo (Gál 5:13-15).

En cambio, en su expresión neoliberal, que se nutre de una antropología autodestructiva, el amor al prójimo es perjudicial pues destruye el fundamental sentido de competencia que alimenta la dinámica del mercado, y considera a la solidaridad como una rémora del pasado tribal. La humanidad como especie se destruye a favor de un individuo aislado, de un "sálvese quien pueda", de un desconocimiento de la realidad del prójimo, de la invitación al sacrificio que no redime. Por cierto, no es fácil para el común de las gentes ver el capitalismo como religión, aunque se vean acorralados en ella. Es que pareciera volver a regir el principio de *cuius regio, eius religio*, donde la confesión religiosa del príncipe se aplica a todos los ciudadanos del territorio. Solo que la mayor parte de nuestro mundo globalizado (hay excepciones) está regido por el mismo "príncipe de este mundo", el imperial capitalismo y su religión, en palabras de Benjamin, *sans rêve et sans merci*, sin ensueños y sin misericordia.

Junio 2021.